

POR DAVID CERDÁ

---

# OTRO LADRILLO EN EL MURO



Se cumplen cuarenta años de la muerte de uno de los pensadores más influyentes del siglo pasado y el presente; de uno de los más duchos paladines que la posmodernidad ha tenido; de uno de los protagonistas del desembarco de la intelectualidad francesa en las universidades norteamericanas, plantas que lanzarían esporas al resto del mundo. Autor de conceptos luego manidos por el izquierdismo universitario —que no lo considera, no obstante, de los suyos—, como *biopoder* y *biopolítica*, Michel Foucault está detrás de mucho de lo peor que la intelectualidad ha creado en el último medio siglo, y puede decirse que aún sigue causándonos abundantes problemas.

Suya es la idea de que *todas* las instituciones son opresivas. Su desprecio por la ley y el derecho (que consideraba un instrumento para generar las ficciones que el poder necesita) lo llevó a arremeter contra cualquier sustento que la convivencia tuviera, sin ofrecer —pues no podía— nada razonable a cambio. El truco polémico que empleó para esta labor de derribo es tan burdo como tomar la parte por el todo. El derecho penal es por entero un látigo del poder, y no hay verdaderos culpables. No debía imponerse el derecho, sino la lucha; la venganza, no los jueces.

Su iconoclastia deparó un intenso relativismo. Para Foucault no es la realidad la que es auténtica, sino el intérprete. «Solo hay interpretaciones», sostuvo; y el conocimiento es un invento a partir de lo que reprime la cultura; es violencia. «Cada sociedad tiene su régimen de verdad», escribe en *Verdad y poder*, «su “política general” de la verdad: es decir, los tipos de discursos que acepta y hace funcionar como verdaderos». En consecuencia, y como el autor afirmó en una entrevista, «el problema no es cambiar la conciencia de la gente o lo que tienen en la cabeza, sino el régimen político, económico, institucional de producción de la verdad». No es de extrañar que su presencia se hiciera sentir, aun sin él participar, en la algarada de mayo del 68.

Su relativismo se extendía a la moral. La culpa y la inocencia, a su juicio, son inventos. La ética antigua era la correcta, pues, decía, era «*optativa*», mientras que la moderna era «*imperativa*», y por lo tanto horrenda. Para Foucault, la modernidad no fue más que la caída de un proceso premoderno y virtuoso. Rechazó la tradición filosófica occidental en bloque, tildándola de

inexorablemente colonialista y salvando tan solo a los presocráticos. No es desencaminado ver en él también el inicio del desprecio al conocimiento que nosotros hoy padecemos, y de ese suicidio de Occidente contra el que unos pocos —ojalá no sea tarde— hoy se rebelan. Su ideal era el de una sociedad utópicamente ancestral, lúdica, *peterpantesca*; nada concedió a la modernidad, ni siquiera el objetivo modo en que ha mejorado la vida de los individuos. Llevó su repudio hasta el punto de reivindicar el fundamentalismo islámico y alabar la revolución de los ayatolás, quienes, por lo visto, de represión no sabían. Aquí tiene el lector el origen de otra enloquecida veta del izquierdismo: clamar contra el opresivo Occidente mientras le hace arrumacos a Hamás.

Hay más inicios desastrosos en Foucault. Fue un estructuralista renegado que rechazó hablar de «*estructura*» para explayarse sobre el «*sistema*», que para el caso es lo mismo: un sistema sin sujeto que entraña «*el rechazo de la acción intencional*». No hay individuos dotados de conciencia, responsabilidad y libertad, todos somos marionetas sometidas a una relación de poder. No hay verdad, no hay sentido; este último es un efecto superficial, algo así como «*una espuma*», lo que nos sostiene en el sistema. La acción carece de responsable, y el pensamiento de sujeto. Todo orden es producto de la violencia; todo significado es forzado. Son bellos ejemplos de lo absolutistas que resultan en última instancia los relativistas.

Desde estas latitudes acaba Foucault en su celeberrima «*muerte del hombre*». Profundo admirador de Nietzsche, y puesto que la «*muerte de Dios*» ya estaba pillada, tuvo que buscarse su propia frase efectista, su nicho de pseudoescándalo. Que la suya fue una innovación perfectamente prescindible (una novelería) lo sabemos ahora, si bien en su tiempo debió de sonar espectacular, y todavía hay departamentos de filosofía y cátedras —apenas, eso sí, ciudadanos de a pie— fascinados con su desnortada propuesta.

Otra de sus grandes batallas fue la antipsiquiatría. De los excesos de cierta psiquiatría ya sabíamos bastante antes de que él lo gritara; su propuesta fue impugnar la profesión al completo. «*La psiquiatría no es una ciencia, sino una práctica social que sirve para gestionar la locura dentro de los límites aceptables por la sociedad*», escribe en *Historia*

de la locura en la época clásica. La locura, asegura, es un invento del racionalismo —su némesis—; y es una plenitud, cuando se la pondera adecuadamente. Se confina a los —«mal llamados»— enfermos mentales porque representan «el peligro subterráneo de la sinrazón, de ese espacio amenazante de una libertad absoluta». Foucault jugaba con estas ideas sin saber apenas nada de psiquiatría ni conocer de estos establecimientos poco más que los que él averiguó al ser internado tras un intento de suicidio.

Decir que el éxito se le subió a la cabeza —*Las palabras y las cosas* fue un fenómeno cultural— tal vez sea algo injusto, porque era la escena intelectual francesa al completo la que vivía infatuada. Fueron los creadores del concepto de *enfant terrible*; poco más que añadir, salvo que Foucault jugó a ser uno de sus más disparatados representantes, con el aderezo añadido de su convulsa vida sexual. También fue un furibundo antihumanista. Girolamo Cotroneo dijo de su obra que era una «*summa de las tendencias culturales antihumanistas*» de su época. Fue incómodo, y eso le honra, pues es consustancial a ser filósofo; pero no creyó que la filosofía emancipase, y eso es una traición en toda regla. Defendió, en última instancia, la inacción social, en el convencimiento de que la banca (el poder) siempre vence. Bastaba revisar la historia para comprobar que no estaba en lo cierto, pero los hechos nunca le importaron demasiado; él siguió de por vida con su circo de ocho pistas de rebeldía de pega.

Una de las notas más desagradables de la filosofía foucaultiana es el modo que elogió a los perversos. Reivindicó a Gilles de Rais, tal vez el primer asesino en serie de la historia y responsable de la muerte de más de un centenar de niños, y al marqués de Sade, y abogó por la salida de las cárceles de todos los criminales. El sistema carcelario no debía siquiera existir, porque, además, todas las instituciones modernas son cárceles, «*instituciones de secuestro*». Le parecía que todo acto ilegal debía interpretarse no en términos de moral y justicia, sino por la necesidad de la lucha de clases. En un debate con él en 1971, Noam Chomsky quedó perplejo: «*Me sentí como si estuviera hablando con alguien que no habitaba en mi mismo universo moral*». A este entendimiento ético descabellado es a lo que Foucault llamaba «*libertad*». Como hasta un

reloj estropeado da la hora dos veces al día, también tuvo sus lucideces, entre tanto destrío: fue valiente en su defensa de los disidentes rusos.

Fue también Foucault quien negó que existiese un sexo verdadero (extrapolando tontamente el singular caso de Herculine Barbin); así prefiguró a Judith Butler, a la que hoy tan intensamente sufrimos. Le debemos también el dudoso beneficio de haber apuntalado el *individualismo expresivo*; promover nuevas formas de subjetividad fue uno de sus objetivos declarados. Tan singular era que, siendo homosexual él mismo, se manifestó en contra de la normalización de esa inclinación. Prefería la situación «*cuando todo era más disimulado*», escribió en *La verdad de las formas jurídicas*, pues «*era como una fraternidad subterránea excitante y algo peligrosa*». Sabía de lo que hablaba: se lo llevó por delante el SIDA con solo cincuenta y ocho años.

De 1979 es “Another Brick in the Wall” (“Otro ladrillo en el muro”), el tema con el que Pink Floyd quería arremeter contra la represiva educación británica de los cincuenta. El problema, común a otras derivas contestatarias que tienen su sentido de justicia, es lo que se lleva además por delante. «*Teacher, leave them kids alone*», dice la canción de Roger Waters: este grito deletéreo es el que se ha impuesto; no el justo y necesario anhelo de progreso, de dejar atrás lo de veras represivo, lo que nos lastra, sino el de no aprender nada («*We don't need no education*»). Y ello porque, como dijo Foucault, toda institución es poder y toda enseñanza opresión.

El posmoderno muro al que Foucault contribuyó ha seguido creciendo, pero su ruina interna empieza a vislumbrarse. La idea de que todo conocimiento y toda institución son violencia hace tiempo que dejó de ser divertida, sabiendo como ya sabemos todo lo que a su paso tritura. Conocer al autor francés es entender muchos de nuestros males: da para pergeñar un plan de recuperación y combate. Le diría, querido lector, que leyese a Foucault para entender cómo se construyó ese muro; pero sería una crueldad, por lo abstruso y desagradable de su lenguaje.

El filósofo de Poitiers estuvo a favor y luego en contra de muchas cosas («*verdaderos cambios de opinión*», podríamos llamarlos); en sus últimos años tuvo su propia caída del caballo damasceno,

pasando del izquierdismo y el nihilismo a la centralidad y el liberalismo. Podría decirse que, genio y figura, al final dejó de ser foucaltiano. Fue, por encima de todo, un pensador gamberro, camaleónico, inclasificable. Como decía su amigo y mentor Georges Dumézil, *«llevaba una máscara y la cambiaba todo el tiempo»*. Manipulaba datos, inventaba historias a su antojo: él solo quería jugar, y desde su Collège de France ha estado agitando el mundo. Tendría su gracia, si no fuera por los destrozos que produjo.